

El problema imperial

Fareed Zakaria*

Traducido del inglés por
Jorge Giraldo Ramírez**

Muchos años después, cuando los historiadores traten de explicar el mundo de comienzos del siglo XXI, tendrán que mencionar la crisis Parsley. Esta tuvo lugar en julio del 2002, cuando el gobierno de Marruecos envió 12 soldados a una pequeña isla llamada Leila, a unos cuantos cientos de metros de su costa en el estrecho de Gibraltar y plantaron su bandera. Esta isla está deshabitada, excepto por algunas cabras y toda la vegetación que hay consiste en perejil, de donde proviene su nombre español. Su soberanía ha sido largamente disputada por Marruecos y España, y el gobierno español reaccionó fuertemente a la “agresión” marroquí. En un par de semanas, 75 soldados españoles fueron aerotransportados hasta la isla, bajaron la bandera marroquí, izaron 2 banderas españolas y enviaron a los marroquíes a casa. El gobierno marroquí anunció el “acto de guerra” y organizó manifestaciones en las que los jóvenes cantaban, “nuestras almas y nuestra sangre, serán sacrificadas a ti, Leila”. España mantuvo sus helicópteros y embarcaciones militares alrededor de las costas marroquíes.

* Fareed Zakaria es editor de Newsweek International. Ha publicado *The Future of Freedom. Liberal Democracy at home and Abroad*. W.W. Norton & Company, 2003; y *From Wealth to Power*. Este artículo fue publicado como “Our way. The trouble with being the world’s only superpower” en la revista *The New Yorker*. New York, octubre 14–21, 2002, pp. 72–81. El traductor ha usado el título de portada por razones de conveniencia descriptiva. Los entretítulos, notas al pie y corchetes en el texto son del traductor.

** Magíster en Filosofía. Profesor de Cátedra del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. (JGiraldo@comfama.com.co)

Un asunto tan absurdo como este tenía que motivar a alguien a hablar con los dos países. Este rol no lo asumieron las Naciones Unidas, ni la Unión Europea, ni siquiera un país europeo como Francia, con buenas relaciones con ambas partes. Este papel recayó en Estados Unidos. Una vez que estuvo claro que nadie más se ocuparía del asunto, el Secretario de Estado Colin Powell desarrolló una rápida ronda de diplomacia telefónica, haciendo más de una docena de llamadas al rey de Marruecos y a su ministro de exteriores. Después de unos pocos días, ambos países acordaron dejar la isla desocupada y empezaron conversaciones, en Rabat, sobre su status futuro. Ambos gobiernos hicieron pronunciamientos agradeciendo a Estados Unidos por resolver la crisis.

Este es un pequeño ejemplo de muchos que se pueden contar. Estados Unidos no tiene intereses en el estrecho de Gibraltar. A diferencia de la Unión Europea, no tiene ninguna preferencia especial hacia España o Marruecos; a diferencia de las Naciones Unidas, Estados Unidos no habla por la comunidad internacional, pero era el único país que podía resolver la disputa, por una simple y fundamental razón: en un mundo unipolar ellos son la única superpotencia.

El poder unipolar

Un mundo que cuenta con una potencia que no tiene precedentes. Durante varios siglos antes de 1945, los Estados europeos más fuertes mantuvieron su dominio sobre los asuntos globales en un sistema multipolar. Muchas potencias trataron de obtener ventajas mediante alianzas y casi en una guerra constante. Así, se forjó la idea de la política internacional como Realpolitik, un despiadado y siempre cambiante juego de poder. Eventualmente, el sistema mismo condujo a dos guerras mundiales en el siglo XX. Hasta la Guerra Fría –entre 1945 y 1991– el mundo fue bipolar. Debido a que había solo dos campos, el sistema era menos caótico, pero cada confrontación conducía a un empate que tenía que ser resuelto entre Estados Unidos y la Unión Soviética, incluso puntos aislados: Quemoy y Matsu, Congo, Angola, Nicaragua, rápidamente llegaron a ser pruebas para que fueran resueltas por las dos superpotencias.

La mayoría de los países –incluyendo Estados Unidos– están inseguros del carácter y las consecuencias del mundo unipolar. La confusión creció dramáticamente desde el 11 de Septiembre, que para muchos estadounidenses reveló la vulnerabilidad del país: el abrumador poderío militar de Estados

Unidos no puede mantenerlo a salvo. Los ataques subrayaron el punto que Joseph S. Nye hizo notar en su reciente libro *The Paradox of American Power*,¹ que sostiene que aunque el poder estadounidense sea indisputado, tiene sus límites en una era globalizada. La mayor parte del mundo occidental ha conocido por décadas los daños que el terrorismo puede ocasionar en una sociedad abierta, pero, los ataques de Septiembre fueron más nihilistas y más mortales que cualquiera que hubiera sucedido antes. Y fueron, en cierto sentido, una consecuencia del nuevo mundo unipolar. Los estadounidenses gustan pensar que su país fue atacado por su libertad, pero, igualmente libres son Italia y Dinamarca, cuyas ciudades se mantienen tranquilas. Estados Unidos fue atacado precisamente por ser el amo del mundo moderno y por su abrumador poder económico, político y militar alrededor del globo; porque es el número uno, pero también es el blanco número uno.

El efecto inmediato de los ataques, sin embargo, ha sido una reafirmación del dominio de Estados Unidos. Todo el mundo vio como Washington convirtió el terror en el punto prioritario de la agenda global, derrocó un régimen en Afganistán y aumentó su presupuesto anual de defensa en casi 50 billones de dólares, que es más que el total de los gastos de defensa de Gran Bretaña. Ahora, está maniobrando, a despecho de la oposición inicial de casi todos los países, para que Naciones Unidas obligue a Irak a desarmarse o a enfrentar una guerra.

La posición relativa de Estados Unidos en el mundo no tiene ningún precedente histórico. El Imperio Británico, que en la cima de su dominio cubría una cuarta parte de la población mundial, es la analogía más cercana, pero aún así es inadecuada. Para colocar un ejemplo, el símbolo de la supremacía británica era su armada que –a un gran costo para el tesoro británico– logró ser más grande que las siguientes dos mayores armadas combinadas. La fuerza militar de Estados Unidos hoy es mayor, en gastos, que la suma de los 15 ejércitos más grandes siguientes y sus gastos representan sólo un 4% del PIB.

El dominio de Estados Unidos parece ahora totalmente evidente, pero la mayoría de los expertos y políticos se demoró mucho para apreciarlo. En 1990, cuando la Unión Soviética estaba colapsando, Margaret Thatcher expresó la idea extendida de que el mundo se estaba moviendo hacia tres grupos regionales: uno basado en el dólar, otro en el yen y otro basado en el marco

1 Joseph S. Nye, Jr. *The Paradox of American Power. Why the only Superpower can't go it alone*. Cary., NC, Oxford University Press, 2002.

alemán. La Guerra del Golfo [1991] cambió la atmósfera, pero sólo momentáneamente. Acosado por la recesión y un enorme déficit, el Presidente George H. Bush envió a su Secretario de Estado James Baker a recoger fondos entre los aliados para pagar la guerra. Los problemas de la economía de Estados Unidos jugaron un papel, “Tenemos más voluntad que billetera”, había declarado George H. Bush en su discurso inaugural, pero la mayoría asumió que la unipolaridad era una fase superada.

Hablar de la debilidad de Estados Unidos fue el tema dominante en la elección presidencial de 1992. “La guerra fría ha terminado, Japón y Alemania ganaron” decía Paul Tsongas en su campaña para la nominación demócrata. Henry Kissinger, en su libro de 1994, *Diplomacy*,² predijo el surgimiento de un nuevo mundo multipolar, al igual que muchos académicos. Los observadores extranjeros se pusieron de acuerdo. Los europeos creyeron que ellos estaban en el camino a la unidad y a un poder mundial, y los asiáticos hablaban confidencialmente de los albores del “Siglo del Pacífico”.

Sin embargo, a contrapelo de estas proclamas, los problemas en las relaciones exteriores, por lejanos que fueran, parecían terminar en manos de Washington. Cuando empezó la crisis de los Balcanes en 1991, el Presidente del Consejo Europeo, Jacques Poos, de Luxemburgo, declaró: “Esta es la era de Europa, si algún problema puede ser resuelto por los europeos es el problema yugoslavo. Este es un país europeo y no es un asunto de los estadounidenses”. No se trataba de una visión inusual o antiestadounidense. La mayoría de los líderes europeos, incluyendo a Thatcher y a Helmut Kohl, la compartían, pero varios sangrientos años después sucedió que tuvo que ser Estados Unidos el que parara la lucha. Al mismo tiempo emergió Kosovo y Europa permitió que Washington tomara el liderazgo. Durante la crisis económica de Asia Oriental, las luchas por la independencia de Timor Oriental, los sucesivos conflictos en el Medio Oriente y las crisis en Latinoamérica, el mismo modelo se repitió. En muchos casos, otros países fueron parte de la solución, pero sólo Estados Unidos intervino persistentemente en las crisis. Durante la década de 1990, la acción de Estados Unidos, con todas sus falencias, probó ser una mejor alternativa que la inactividad. En el mismo período, la economía norteamericana llegó a su más larga prosperidad de la posguerra, y se vino abajo la visión aparentemente normal de una decadencia. En 1960, Estados

2 Henry Kissinger. *La diplomacia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Unidos representaba cerca del 30% del producto mundial, en 1980 esta participación había caído al 23%; hoy es del 29%. La economía de Estados Unidos es más grande que las siguientes tres economías mayores—Japón, Gran Bretaña y Alemania—sumadas.

El temperamento aislacionista

Pero los Presidentes de Estados Unidos fueron lentos para abrazar su destino imperial. Bill Clinton llegó a su oficina prometiendo parar las preocupaciones sobre la política exterior y “enfocarse como un rayo láser” en la economía, pero el empuje de la unipolaridad es fuerte y durante su segundo período fue básicamente un presidente de política exterior. George W. Bush en su campaña, planteó que veía una intervención exagerada en los asuntos internacionales—desde ayuda económica hasta construcción nacional—prometiendo volver a los compromisos básicos del país. Hoy el presidente, que decía que Estados Unidos es una nación humilde, lanza dictados a la comunidad mundial, apoya la construcción de naciones y las ayudas económicas, y aumentó el presupuesto para ayuda externa en un 50%. Esto está clarísimo desde la publicación de la Estrategia de Seguridad Nacional de la Casa Blanca,³ una aceptación nada apologetica de la hegemonía de Estados Unidos.

A medida que el poder de Estados Unidos llegó a ser visible, los gobiernos extranjeros hicieron oír sus voces de disgusto. Los consejeros económicos de Clinton, Robert Rubin y Lawrence Summers, y sus subordinados de hecho en el Fondo Monetario Internacional, fueron frecuentemente acusados de arrogancia cada que viajaban a los países en desarrollo. Diplomáticos como Madeleine Albright y Richard Holbrooke eran desacreditados en Europa por actuar como si Estados Unidos fuera, de acuerdo a una frase de Albright, la “nación indispensable”. El canciller francés Hubert Vedrine acuñó el término “hiperpotencia” para describir a los Estados Unidos de Clinton.

Las quejas se han convertido en un clamor durante la actual administración Bush, que ha mostrado un desdén por los aliados, los tratados y las organizaciones internacionales. En sus primeros dos años, este gobierno ha renegado de más tratados internacionales que cualquier administración previa. A menudo, sus acciones parecen gratuitas: el Tratado de Kyoto, sobre

3 “The National Security Strategy of the United States”. *The New York Times*. New York, septiembre 20 de 2002.

calentamiento global, por ejemplo, estaba moribundo antes de que la administración proclamara ruidosamente su muerte. (Pocos países europeos están cerca de lograr sus metas, y mientras China y la India estén fuera del tratado es muy difícil que pueda tener un efecto real). Pero con el tono tajante de tales confrontaciones, la administración envió la señal de que el mayor consumidor de energía del mundo no se preocupaba por el ambiente. Los aliados, incluso en alguna ocasión Gran Bretaña, pidieron que fueran informados, ya que no consultados, sobre la política de Estados Unidos. Incluso, cuando la administración intentó buscar políticas multilaterales había causado tanto descontento –como ocurrió en el caso de Irak en la ONU– que perdió la posibilidad de generar cualquier buena voluntad.

Algunos comentaristas neoconservadores aseguran que tal rencor es una consecuencia inevitable de la hegemonía. En un artículo influyente publicado en el verano de 2002 en *Policy Review*, Robert Kagan⁴ argumenta que las diferencias entre estadounidenses y europeos sobre la cooperación multilateral es el resultado de sus fuerzas relativas. Cuando las mayores potencias mundiales eran europeas, les tenía sin cuidado la cooperación internacional y celebraban la *Realpolitik*. Ahora que Europa es débil, dice él, favorece las reglas y las restricciones, y Estados Unidos, por su parte, quiere una completa libertad de acción: “Ahora que Estados Unidos es poderoso, se comporta de la misma manera que los países más poderosos en su momento”. Pero esta visión malinterpreta la historia y el lugar único que Estados Unidos ocupó en la diplomacia del siglo XX. Estados Unidos fue el país más poderoso del mundo cuando propuso la creación de un organismo internacional: La Liga de Naciones, y condujo las relaciones internacionales después de la Primera Guerra Mundial. Fue la potencia dominante hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial cuando fundó la ONU, creó el sistema de cooperación económica de Bretton Woods y lanzó la mayoría de las organizaciones claves del mundo. Durante la mayor parte del siglo XXI, Estados Unidos fortaleció la cooperación internacional sin ninguna clase de temor o vulnerabilidad sino desde una posición de confianza y fuerza. Si la Administración Bush rechaza esta perspectiva, lo que de veras ocurre, como Richard Holbrooke ha acusado, hace “una ruptura radical con 55 años de tradición bipartidista que buscaba acuerdos y normas internacionales que nos beneficiaran”.

4 Robert Kagan. “Power and Weakness”. *Policy Review* No. 113. Washington, junio-julio de 2002.

Pero el unilateralismo es también un retroceso hacia un antiguo reflejo estadounidense. Es quizás la tradición más venerable en la política exterior de Estados Unidos, enraizada en la creencia de que son un país excepcional, muy distante del esquema nacional del viejo mundo. La mayoría de los estadistas de Estados Unidos están de acuerdo con Thomas Jefferson cuando advertía contra las “alianzas intrincadas”. El temor era bastante simple: que la asociación con las potencias europeas sería moralmente corruptora. John Q. Adams en su famoso discurso del 4 de Julio de 1821 declaró que “Estados Unidos no iría al extranjero en busca de monstruos para destruir”, y explicaba el porqué: “Los Estados Unidos bien saben que una vez enlistados bajo unas banderas distintas de la suya (...) se verían envueltos en toda clase de guerras de interés, intrigas, avaricia personal, envidia y ambición (...) así llegarían a ser los dictadores del mundo, y no serían más el legislador de su propio espíritu”. Unilateralismo no significa aislacionismo. Los Estados Unidos comenzaron como 13 colonias anidadas al este de las Montañas Allegheny, y llegaron a ser un vasto imperio continental mediante una diplomacia agresiva, tratos financieros y, en varias ocasiones, guerra. La política internacional siempre había sido bien apreciada cuando el objetivo era la transformación (en este caso, la americanización de nuevas tierras), pero la diplomacia era tan usual como retraída; la política internacional era para trascender, no para comprometerse.

El unilateralismo aún tiene un atractivo ocular especial en el Sur, que es la base del partido republicano, pero no puede ser el principio rector de una política exterior. Es una disposición, o cuando más, un instrumento. Las cuestiones fundamentales acerca de la perspectiva estadounidense del mundo se refieren a los fines. La Administración Bush ha usado a menudo el poder extraordinario de Estados Unidos efectivamente, consiguiendo imponerse en problemas fundamentales, desde el Tratado ABM⁵ hasta la producción de armas en Irak, pero ¿cuáles de estos asuntos deben ser tratados más ampliamente? ¿Cuáles son los propósitos de la hegemonía de Estados Unidos?

El idealismo wilsoniano

La respuesta histórica a este asunto tiene que buscarse en el movimiento misionero británico del siglo XIX cuyos objetivos establecidos –civilizar los

5 Tratado de Misiles Antibalísticos (por sus iniciales en inglés), firmado entre Estados Unidos y la Unión Soviética en 1972.

países en desarrollo, eliminar la trata de esclavos, actuar contra los abusos de los derechos humanos y contra los gobiernos despóticos—fueron adoptados por los liberales, en especial por William Gladstone. En la época moderna, esta visión angloamericana de una política exterior idealista está asociada directamente con el Presidente Woodrow Wilson.

Wilson fue, de muchas maneras, un fracaso como político. Un hombre duro, con pocas habilidades como negociador o mediador, que no fue capaz de conseguir que su propio país aceptara su proyecto más importante: la Liga de Naciones. El Senado la abortó cuando no quiso comprometer a Estados Unidos en la defensa de algo tan vasto y tan vago como un orden mundial. Pero para todos los efectos prácticos, sus ideas han perdurado, incluso triunfado. Hoy, cuando alguien argumenta a favor de los derechos humanos y de la democracia, cuando aboga por la autodeterminación para las minorías nacionales o por el desmantelamiento de los imperios coloniales, critica el secreto y la duplicidad de la diplomacia, o apoya las leyes y las organizaciones internacionales, puede ser llamado correctamente wilsoniano. Y aunque esta peculiar mezcla de ingredientes haya variado, casi todos los presidentes de Estados Unidos en el pasado medio siglo han sido, al menos retóricamente, wilsonianos.

Por supuesto, como toda nación poderosa, Estados Unidos ha perseguido sus propios intereses, a menudo de manera brutal—por ejemplo, en Centroamérica—. Y cuando la Guerra Fría parecía más amenazadora—durante la guerra de Vietnam y la expansión soviética en el Tercer Mundo—los estadounidenses volvieron al cálculo y a la *Realpolitik*, conducida más intensamente por Henry Kissinger. Esta *raison d'état* todavía es evidente en nuestro apoyo a dictadores, desde Arabia Saudita hasta Turkmenistán. Pero cuando la posición de Estados Unidos en el mundo se ha sentido segura, sus metas han sido amplias e idealistas, como Wilson las había perfilado. “Tenemos esto en nuestras manos”, decía a menudo Ronald Reagan, citando a Thomas Paine, “para empezar a hacer el mundo otra vez”. George W. Bush es visto a menudo como un realista, estrecho de miras, y seguramente no aceptará la etiqueta de “wilsoniano”. Todavía, en busca de una forma de describir sus ideales para el mundo posterior a la Guerra Fría y la Guerra del Golfo, se aferró a una de las más famosas ideas de Wilson. “¿Cuál es nuestro ideal?”, dijo Bush, “es una gran idea: un nuevo orden mundial, donde los diversos países permanezcan unidos en una causa común para lograr las aspiraciones universales de la humanidad: paz y seguridad, libertad y el dominio de la ley”. Pocas semanas después, en un discurso en sesión conjunta del Congreso, Bush evocó “un

mundo donde las Naciones Unidas estén libres del yugo de la Guerra Fría, puedan cumplir con la visión histórica de sus fundadores, un mundo donde la libertad y el respeto por los derechos humanos encuentren un hogar entre todos los países”.⁶

En los primeros meses de su mandato, Bush no habló mucho sobre las grandes metas que su política exterior se proponía. Algunas de sus obsesiones previas al 11 de Septiembre—particularmente la defensa de misiles—sugerían una noción de seguridad nacional encaminada a mantener la seguridad y alejarse del mundo (aunque la defensa de misiles es ineficaz contra el terrorismo). Pero fue en un importante discurso pronunciado en Westpoint,⁷ donde Bush empezó a delinear su visión del mundo. Describió los peligros de la nueva era y aseguró que “Estados Unidos tenía que mantener su fuerza militar más allá del desafío, puesto que la desestabilizadora carrera de armamentística de otras épocas había llegado a su fin y limitado las rivalidades que amenazaban los propósitos de paz”. En un inspirado pronunciamiento, prometió que la fuerza de Estados Unidos transformaría la política internacional por sí misma, haciendo obsoletas las viejas luchas milenarias sobre la seguridad nacional. En cierto modo, este era el planteamiento más wilsoniano que algún presidente hubiera hecho desde que el propio Wilson aseguró que el poder estadounidense debía crear un “dominio universal del derecho”. Esta proclama es central en la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de Bush que dice en su primera página: “Hoy los Estados Unidos disfrutan de una posición de poder militar sin paralelo y una gran economía e influencia política. Conservando nuestra herencia y nuestros principios, no usaremos nuestra fuerza para presionar una ventaja unilateral. En su lugar, buscaremos crear un equilibrio de poder que favorezca las libertades humanas”.

Muchas de las recientes proclamas de Bush son wilsonianas. Aboga por la democracia de Palestina y quiere construir un Estado con un gobierno democrático en Irak como parte de un esfuerzo más amplio para democratizar el pueblo árabe. En septiembre [2002] en las Naciones Unidas, explicando por qué Irak constituía una amenaza para la paz mundial, dijo que “las sociedades abiertas no amenazan al mundo con asesinatos masivos”. Pero mientras

6 George W. Bush. Washington, D.C., (Joint Session of Congress), septiembre 20 de 2002.

7 George W. Bush. West Point, New York, junio 1 de 2002.

adopta algunos de los más preclaros ideales de Wilson, Bush también sigue algunas de sus más fatales prácticas. Con frecuencia, los medios de Wilson fueron altamente unilaterales. Cuando condujo a Estados Unidos a la guerra en 1917, insistió que aunque luchaba al lado de Francia e Inglaterra, estos no eran aliados sino una “fuerza asociada”. Su perspectiva completa de la guerra y sus consecuencias, fue apartar a Estados Unidos de los sórdidos deseos de sus aliados. Impaciente con las culturas de los otros países y desinteresado en sus visiones, Wilson tendía a hacer declaraciones para el mundo entero. Creía fuertemente en la corrección de su causa, y que eso era suficiente para allanar cualquier preocupación que pudiera tener acerca de la reacción de los países extranjeros. De hecho, él pensaba que su hostilidad era, a menudo, prueba de la naturaleza revolucionaria de sus ideas. Algo de esto puede haber sido verdad –tal como es entendible la frustración de Bush con la diplomacia europea y de las Naciones Unidas– pero lo que sí es seguro fue el fracaso práctico Wilson. La alta y unilateral maniobrabilidad de Bush también promete hacer que sus políticas sean inefectivas. Todavía hay una manera de dirigir una política exterior robusta y visionaria sin provocar una avalancha de antiamericanismo en todo el mundo. A eso se llama diplomacia.

La ecuanimidad de Roosevelt

El estadounidense que mejor entendió cómo equilibrar idealismo y fuerza fue Franklin Delano Roosevelt. Durante su mandato, adoptó tantas posturas –desde el aislacionismo de comienzos de 1930 hasta los acuerdos con Stalin en 1940– que podría calificarse fácilmente como realista, idealista, pacifista y oportunista. Pero al final de la Segunda Guerra Mundial, encaró un reto como el que ningún líder mundial había enfrentado antes. Jefe entre los vencedores, presidiendo sobre un mundo en ruinas, tuvo que decidir lo que el mundo de la posguerra debería ser. Puso en movimiento una serie de organizaciones internacionales –encargadas de la seguridad internacional, del comercio, de la política económica, de la alimentación, la agricultura, la aviación civil– que tenían metas wilsonianas. A diferencia de sus proyectos, lo más importante era tratar con países que tenían un poder real, no con las democracias. Esos países tuvieron una razón para apoyar el sistema. Las Naciones Unidas empezaron a funcionar gracias a aquellos que habían ganado la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia, Inglaterra y China. El sistema de Bretton Woods, el FMI y el Banco Mundial iniciaron actividades suministrando un dinero que provenía, básicamente, de Estados Unidos. Así, los Estados Unidos llegaron a ser más poderosos de lo que son hoy –eran el

50% del producto mundial—adoptando una serie de medidas diseñadas para reconstruir a sus adversarios, institucionalizar la cooperación internacional sobre docenas de asuntos globales y aliviar la pobreza. Ningún otro país había hecho esto, Churchill y Stalin estaban demasiado ocupados en sus esferas de influencia y pocos presidentes distintos a Franklin Delano Roosevelt podrían haberlo llevado a cabo con éxito.

Hoy es muy difícil apreciar qué tan expansiva era esta visión de Estados Unidos. El sucesor de Roosevelt, Harry Truman, tiene reputación de combativo y frío guerrero. Fue el hombre que fundó la OTAN e impulsó a Estados Unidos a la Guerra de Corea. Pero desde su época colegial hasta el día en que murió, Truman llevó en su billetera los versos de *Locksley Hall* de Tennyson, que dicen: “En el Parlamento del hombre, la Federación del mundo, / Allá el sentido común de la mayoría mantendrá un incómodo reino en pavor, / Y la amable tierra dormitará, arropada en la ley universal”. Roosevelt y Truman sabían que la transformación del mundo exigía un compromiso claro. Roosevelt pensaba pobremente de muchos de sus aliados de guerra y de sus propósitos, menospreciaba el colonialismo francés y británico, por ejemplo, pero entendía que estos países tenían que tener un lugar. Truman entendió que Estados Unidos podría combatir mejor a la Unión Soviética creando alianzas duraderas e intrincadas con otros países. Como resultado, estos dos presidentes y sus asesores crearon las condiciones para el triunfo de un mundo bastante diferente del que existía en el pasado. Hoy hay un consenso internacional a favor de la democracia, alguna versión de mercados abiertos y capitalismo, y algunas normas reglas y restricciones internacionales. Esto sucedió debido a la fuerza inherente de estas ideas, pero también debido a que habían sido impulsadas por la fuerza de Estados Unidos.

Quizás lo más importante es que Roosevelt y Truman habían vivido a través de la década de 1930, sabían lo frágil que era el sistema internacional y creyeron que necesitaba apoyo. Habiendo recogido los frutos de este sistema—conservado por todos los sucesivos presidentes de ambos partidos—hemos llegado a creer que la estabilidad es natural, pero el orden mundial establecido por Estados Unidos en el pasado medio siglo—un orden basado en alianzas, organizaciones y normas—funcionó tanto debido al respeto existente a la superpotencia fundadora. Sin este apoyo, este habría derivado en el caos.

La contradicción imperial

Estados Unidos sostuvo solo el sistema internacional, lo que le daba una mayor libertad de acción. Pero Estados Unidos no es un poder imperial. Un país que no puede suministrar seguridad a 50 millas de Kabul—un año después del 11 de Septiembre—no puede hacerse cargo de la intervención, ocupación y construcción nacional en cuanta crisis se dé alrededor del mundo. Y, ¿por qué debería hacerlo? ¿Es que acaso no hay otra manera? Hasta ahora, hemos manipulado estas misiones “imperiales” sobre los aliados y organizaciones—la comunidad internacional—de la que nosotros a menudo somos tan escépticos. Hoy, en general, ellos tienen tantas tropas en Afganistán como las estadounidenses, y la mayor parte de los costos de la reconstrucción de los Balcanes ha llegado de la Unión Europea. En los últimos 5 años, las Naciones Unidas se han comprometido en la construcción nacional en Bosnia, Kosovo, Timor Oriental, Camboya y algunas regiones de África, y lo han hecho mejor de lo esperado. Cuando el sistema internacional recibe el apoyo de Estados Unidos—crucialmente, en tareas de establecimiento de la paz y el orden—puede funcionar sorprendentemente bien. La Administración Bush tiene razón en asegurar que el consenso no es un fin en sí mismo. Y algunas de las preocupaciones estadounidenses sobre las organizaciones internacionales son válidas. En estas organizaciones, Estados Unidos encara un reto especial: Estados Unidos tiene sólo un voto en la mayoría de los organismos internacionales y cuando otros países quieren agruparse para utilizarlos, lo hacen. Pero esta es la clase de problemas que una diplomacia hábil puede resolver.

Trabajar con mayor amplitud con los aliados y las organizaciones también traería más seguridad a Estados Unidos. Esta semana podemos repudiar a Alemania, pero a la siguiente la necesitaremos ayudando a arrestar sospechosos y congelar cuentas bancarias. Necesitaremos información de los gobiernos extranjeros sobre bienes embarcados en cualquier parte del mundo para asegurarnos que algo peligroso—por ejemplo, uranio enriquecido—no arribe al puerto de Nueva York. De hecho, la única protección sostenible contra la amenaza terrorista provendrá de un nuevo proceso global de controles de aduanas e inmigración que revise gente y carga alrededor del mundo, utilizando los mismos estándares y compartiendo las bases de datos—en otras palabras, una nueva organización internacional. De lo contrario, las fronteras de Estados Unidos llegarán a ser un punto de estrangulamiento del tráfico global—algo que sería tan malo para la economía como para la sociedad. Más importante, la hegemonía estadounidense ganaría la legitimidad que otorgan la operación mediante el consenso internacional.

Sin este manto de respetabilidad, Estados Unidos enfrentará una creciente hostilidad en todo el mundo. Durante la Guerra Fría, estuvieron en desacuerdo con Estados Unidos –sobre Vietnam, por ejemplo– pero despreciaban a la Unión Soviética. El enemigo de su enemigo era, al fin y al cabo, su amigo. Pero hoy, sin alternativa ideológica ni competidores, Estados Unidos está solo en el mundo. Todos los demás se sientan a su sombra. Esto no significa que los demás países vayan a formar alianzas militares contra Estados Unidos; esto sería obtuso. Pero sí obstruirán cualquier propósito estadounidense de cualquier forma posible, y la búsqueda de los intereses estadounidenses tendrá que ser acometida por la coerción más que por el consenso. El antiamericanismo será el lenguaje global de la protesta política –la ideología rebelde de la oposición– unificando los descontentos del mundo, algunos de los cuales, como ya lo hemos descubierto, pueden ser muy peligrosos.

“Es mejor ser temido que amado”, escribió Maquiavelo, pero estaba equivocado. La Unión Soviética fue temida por sus aliados; Estados Unidos fue amado, o, al menos, querido. Veamos quién permanece en el mundo. Estados Unidos ha transformado el mundo con su fuerza y también con sus ideales. Cuando los manifestantes prodemocracia en China se reunieron en la Plaza Tiananmen, hicieron una réplica de la Estatua de la Libertad, no de un F-16. Estados Unidos sigue siendo la nación universal, los pueblos del mundo creen que debería hablar por los valores universales. Esta imagen puede no ser tan benigna como los estadounidenses piensan, pero, es, al fin y al cabo, mejor que otras alternativas. Esto es lo que ha hecho que el poder aterrador de Estados Unidos haya sido tolerable para el mundo por tanto tiempo. La creencia de que Estados Unidos es diferente es la última fuente de vigor. Si movilizamos todo nuestro poderío pero perdemos este aspecto, tendremos la hegemonía, pero, ¿valdrá la pena?